

BALTAZAR BRITO GUADARRAMA

EL CÓDICE MENDOZA



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

85^o INAH



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

ÍNDICE

BREVE HISTORIA DEL *CÓDICE MENDOZA* | 9

EL *CÓDICE MENDOZA*

Transcripción y descripción | 28

Primera sección (folios 1r a 18r) | 29

Segunda sección (folios 18v a 55v) | 80

Comentario final a la segunda sección | 196

Tercera sección (folios 56v a 71v) | 197

COMENTARIO FINAL | 245

BREVE HISTORIA DEL CÓDICE MENDOZA

TEMORES, QUIMERAS Y LADRONES

Cuántas blasfemias, invocaciones o padrenuestros y avemarías no habrán murmurado los marineros de antaño mientras surcaban en sus naves las inmensas aguas del mar océano. En la Edad Media —incluso mucho antes—, y durante las primeras décadas del Renacimiento, ese espacio incommensurable estaba considerado como uno de los lugares más temidos por la humanidad. Las razones eran múltiples: podían estar involucrados seres imaginarios, factores climáticos, enfermedades, abordajes piratas e increíbles hechos de sangre que, aunque a nosotros nos parezcan horripilantes, en su tiempo simplemente eran una forma de impartir justicia. Antaño se pensaba que en sus profundidades habitaban sirenas, tritones y bestias apocalípticas como el Kraken, un cefalópodo de dimensiones descomunales que, según el imaginario de la época, podía engullir embarcaciones enteras de un solo bocado. No debe extrañarnos que las efigies de estas quimeras se hayan plasmado en cartas marítimas y en mapas antiguos, pues su creencia estaba tan arraigada entre todos los aficionados a la vida náutica que, hacia finales del siglo xv y principios del xvi, con todo el miedo que ello implicaba, los aventureros que emprendían el viaje trasatlántico para llegar a América esperaban ser espectadores de esos portentosos especímenes sobrenaturales.

Por otro lado, las tempestades, los ciclones y las violentas olas con que este tipo de fenómenos naturales golpeaban las embarcaciones también tenían la facultad de desquiciar y hacer tambalear hasta al más ecuánime de los temperamentos marinos. Pero no sólo la furia de los elementos infundía un sentimiento de incertidumbre entre los miserables pasajeros, también lo hacían las calmas prolongadas y la ausencia de viento, pues tales circunstancias implicaban que, al quedarse varadas las embarcaciones, las agitadas mentes de estos hombres maquinaran catastróficos escenarios, donde el hambre, la sed y las más terribles enfermedades ostentaban el papel principal dentro de la atroz tragedia que se gestaba en sus cabezas.

Contra toda lógica actual, pero en concordancia con el imaginario de entonces, además de los bestiarios medievales y otros manuscritos de épocas anteriores, las insólitas narraciones sobre la supuesta existencia de todos estos seres imaginarios también pueden leerse en diarios, memorias y relaciones de viajeros, los mismos documentos adonde debemos asomarnos si, del mismo modo, queremos conocer las atroces experiencias que los marineros de distintas épocas vivieron mientras se internaban dentro de los vastos dominios de Neptuno y Poseidón. Veamos algunas de ellas.

Sobre las criaturas oceánicas, es famoso el testimonio de Cristóbal Colón, quien, según su diario de viajero, el 9 de enero de 1493 avistó tres sirenas “que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, las cuales en alguna manera tenían forma de hombre en la cara”.¹ Diego Becerra de Mendoza, uno de los capitanes de Cortés, también comentó haber visto “un Pexe que todos afirmaron ser hombre marino [...] zambulléndose y bañándose con las manos y mirando a la gente como si tuviera entendimiento”.² Por su parte, Pedro Mártir de Anglería afirmaba que los mares recién descubiertos alimentaban monstruos gigantescos; al hacerlo, fundamentaba sus palabras en el dicho de los aventureros que se embarcaron hacia América, quienes le hablaban sobre la existencia de increíbles peces que gustaban de dar vueltas alrededor de los bergantines para destruir con su cola el timón de esas embarcaciones.³

Pero dejemos de lado los avistamientos sobrenaturales para señalar algunas de las amargas experiencias que, en más de una ocasión, despertaron las invocaciones divinas de aquellos viejos lobos de mar. Antonio de Herrera, autor de la *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, nos brinda numerosos testimonios que pueden ayudarnos a comprender el miedo que provocaban esas situaciones en los navegantes; en ellos, la furia de la naturaleza y la vileza humana son las principales protagonistas. La anécdota que leerás a continuación pertenece al explorador portugués Fernando de Magallanes y fue una de tantas que le sucedieron mientras buscaba el paso marítimo que hoy lleva su nombre:

1 Fray Bartolomé de las Casas [prólogo de André Saint-Lu], *Historia de las Indias*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986, p. 309. El mismo dato es consignado por Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, t. I, década 1, libro II, capítulo 1, Asunción del Paraguay, Editorial Guarania, 1944, p. 254.

2 Luis Weckman, *La herencia medieval de México*, México, El Colegio de México / FCE, 1996, p. 76.

3 Jean Delumeau, *El miedo en Occidente*, España, Taurus, 2019, pp. 66-67.

[...] y después de haber abonanzado un poco el viento, fueron tantos los truenos y relámpagos, mezclados a veces con agua, que era espanto⁴ [...] Y estando vergas en alto, sucedió tan gran temporal de viento a la travesía, que reventaron las amarras de la capitana, y se acercó tanto a unas peñas, que si quebrara una sola amarra que tenía, no quedara hombre vivo. Confesábanse unos a otros, y encomendábanse a dios, prometiendo limosnas⁵ [...] y no se mostraba esperanza de hallar el cabo de aquella tierra, ni estrecho alguno, y el viento entraba riguroso y algunos habían muerto de mal pasar [...] por la triste vida que allí se padecía, muchos, inducidos, daban muestra de amotinarse⁶ [...] al día siguiente mandó Magallanes que descuarticen a Luis de Mendoza, y halló que más de cuarenta hombres eran dignos de muerte⁷ [...] y sentenció a Gaspar de Quesada a ser descuartizado, y un criado suyo ahorcado y a Juan de Cartagena, que se quedase [abandonado] en aquella tierra; y porque no había verdugo, aceptó el criado, por salvar la vida, de serlo de su amo, y con sus manos le ahogó y descuartizó.⁸

Además de las criaturas, los temporales y los intentos de sedición enarbolados por una tripulación temerosa y descontenta, otra de las mayores incertidumbres que aquejaban a aquellas vidas consagradas al mar era la siempre amenazante presencia de piratas y corsarios, esos hombres que, además de despojar de sus pertenencias a la tripulación, tenían la facultad de poner en entredicho la vida de los pobres que tuviesen la mala fortuna de encontrarlos en su camino. Desde hace muchos siglos, estos personajes de malhadadas intenciones desataron los más fundados temores en cualquiera que decidiera emprender un viaje náutico. Si bien es cierto que su presencia es tan antigua como la historia de la navegación misma,⁹ fue después del descubrimiento del Nuevo Mundo que la piratería alcanzó su época de mayor apogeo, especialmente durante los siglos XVI, XVII y XVIII, cuando las riquezas extraídas de América eran transportadas por toneladas hasta Europa.

.....
4 Antonio de Herrera, *op. cit.*, t. III, p. 289.

5 *Ibid.*, p. 291.

6 *Ibid.*, p. 293.

7 *Ibid.*, p. 295.

8 *Idem.*

9 Heródoto, el famoso padre de la Historia, consigna en su libro primero la memoria de un corsario que capturaba buques mercantes en la ruta de Siria a Egipto, mientras que en el canto IX de la *Odisea*, Ulises hace alarde de los saqueos y asesinatos que realizó en algunas de sus expediciones marítimas. También son célebres las incursiones que piratas y corsarios realizaron en el mar Mediterráneo durante la Edad Media. Para mayor información véase Anna Unali, *Marineros, piratas y corsarios catalanes en la Baja Edad Media*, España, Renacimiento, 2007.